

En memoria a Quim y Nina que dedicaron su vida para ver crecer sus hijos en un mundo sin guerras buscando siempre los sueños de libertad.

A: Liliane (mi madre) por contarme esta bonita historia que me inspiro a escribirla, a mi tía Nuria por ser siempre una inspiración y una adulta en un cuerpo de niña y poder cuidar de sus hermanos menores (Jacky & Liliane), a Enrique ese tío que no conocimos, a Jacky por preocuparse siempre por la poupee, y por ser como es con todos. A Alfie (Alfredo por tu música y grandioso talento, te extrañamos hermano.) Y a Paola por mostrarnos toda tu luz, tu inmenso amor y devoción a la lectura, te extrañamos y siempre estarás en nuestros corazones.

Quim & Nina

Una Historia de Amor en Tiempos de Guerra

Por

José Rafael Barranco Rico

con la Colaboración de

Freddy José Barranco Rico

Hermanos.

Indice

Prologo	11
Capitulo I	15
Capitulo II	31
Capitulo III	41

Prólogo

Vengo a contarles una historia real, una que me cautiva cada vez que la recuerdo, como si sus ecos aún resonaran en mi corazón. Es la historia de Quim y Nina, dos almas nacidas en las calles vibrantes de Barcelona, España, donde el aroma del pan fresco y el rumor del mar eran tan parte de ellos como su propia risa. No eran héroes de novelas ni figuras de mármol, sino personas comunes que enfrentaron tiempos extraordinarios —guerras que rasgaron su mundo, exilios que los empujaron lejos, y un amor que, como un farol en la tormenta, y los sueños de libertad nunca se apagó.

Esta no es solo una historia de batallas y huidas, aunque las hay, con bombas cayendo y barcos cruzando océanos. Es un relato de manos que se buscan en la oscuridad, de risas

que desafían el miedo, de un hombre que contaba cuentos con un cigarrillo encendido y una mujer que curaba heridas con hilo y esperanza. Desde las plazas adoquinadas de Cataluña hasta las palmeras de Venezuela, Quim y Nina construyeron un hogar donde la libertad no era solo un sueño, sino un latido diario.

Sus hijos —Nuria, Jacky, Liliane— llevaron esa chispa, y yo, que guardo sus recuerdos, siento su calor cada vez que pienso en ellos.

Algunos nombres, detalles y situaciones han sido cambiados por protección a la familia y al autor, pero la esencia de su vida —su coraje, su alegría, su amor— brilla sin filtros. Les invito a caminar con ellos, a sentir el polvo de Barcelona bajo sus pasos, desde las tardes cálidas de Barcelona, el frío del invierno francés, el viento del Atlántico en su piel, y el sol venezolano que, al final, los

acogió. Esta es una historia real, una que me cautiva y espero que los cautive también, porque nos recuerda que, incluso en los tiempos más oscuros, siempre hay un lugar para el amor y la esperanza.

Quim y Nina

Una Historia de Amor en Tiempos de Guerra

Capítulo I

La Historia Comienza en el verano del 1936, Barcelona era un mosaico de contrastes. El sol brillaba con fuerza sobre las calles adoquinadas, arrancando destellos dorados de los edificios modernistas diseñados por Gaudí y Domènech i Montaner, mientras los mercados, como el de La Boquería, bullían con una vitalidad que desafiaba la sombra de la guerra. Sin embargo, bajo esa aparente normalidad, una tensión invisible se deslizaba entre los habitantes de la ciudad. Las noticias del inminente estallido de la Guerra Civil Española corrían como un incendio forestal: el país se partía en dos, dividido entre republicanos, que defendían una democracia laica, y nacionalistas, respaldados por las potencias fascistas de Italia y Alemania, que anhelaban

restaurar un orden autoritario. En las Ramblas, los cafés seguían abiertos, pero las conversaciones estaban impregnadas de ansiedad. Los discursos encendidos de los líderes políticos resonaban en las plazas, las marchas de milicianos llenaban las calles de pasos firmes, y el eco lejano de disparos comenzaba a formar parte del paisaje sonoro de la ciudad.

Quim, un joven de aproximadamente veinticinco años, caminaba por esas calles con la seguridad de quien conoce cada rincón de su hogar. Su rostro, de rasgos angulosos y bronceados por el sol, estaba enmarcado por una mata de cabello oscuro que siempre parecía despeinada, como si el viento de la ciudad se hubiera confabulado para desordenarlo. Sus ojos, de un marrón profundo, tenían una intensidad que podía ser tanto cálida como desafiante, dependiendo de la situación.

Sus manos, grandes y callosas, contaban la historia de un hombre que había crecido trabajando. Provenía de una familia de cocheros, una estirpe que, en generaciones pasadas, había recorrido las calles de Barcelona transportando a turistas y locales en carretas tiradas por caballos. Aquellos tiempos, cuando el repiqueteo de los cascotes era la banda sonora de la ciudad, habían quedado atrás, reemplazados por el rugido de los motores a gasolina. Los coches, con sus carrocerías relucientes y sus máquinas intrincadas, habían transformado el paisaje urbano, y Quim, lejos de lamentarlo, había abrazado el cambio con entusiasmo.

Desde niño, Quim había mostrado una fascinación por todo lo mecánico. En el taller donde trabajaba, un garaje polvoriento en el barrio del Raval, desmontaba motores con una precisión quirúrgica, ajustando piezas con una destreza

que dejaba boquiabiertos a los mecánicos más experimentados. Sus compañeros lo apodaban “el mago de los motores”, y él, con una sonrisa ladeada, aceptaba el cumplido sin alardear.

Para Quim, los coches no eran solo máquinas; eran un símbolo de progreso, de un mundo que avanzaba hacia algo mejor, aunque ese mundo ahora estuviera al borde del colapso. “Tiene gasolina en las venas”, decían sus amigos entre risas, y él respondía con un guiño, como si ese fuera el mayor elogio que podía recibir.

Pero Quim no era solo un mecánico habilidoso. Bajo su exterior despreocupado, había un espíritu inquieto, un joven de temperamento fuerte que no toleraba las injusticias. Se había declarado republicano de corazón, convencido de que la lucha por la democracia era la única vía para garantizar un futuro digno para los hijos de

trabajadores como él. No era un hombre de grandes discursos ni conocía las sutilezas de la política sus ideas eran más instintivas que razonadas, pero su convicción era inquebrantable. En una España dividida, donde los republicanos enfrentaban a los nacionalistas en una guerra fratricida, Quim había elegido su bando sin vacilar. Sus amigos, algunos de los cuales se habían unido a las milicias, lo admiraban por su valentía, pero también lo temían, porque su carácter impulsivo a veces lo llevaba a enfrentarse a quienes no debía.

En casa, las comidas con su familia eran un reflejo de su personalidad. La mesa, cubierta con un mantel desgastado, estaba puesta con lo poco que podían reunir en tiempos de escasez: un plato de lentejas aguadas, un trozo de pan duro y, en los días buenos, un puñado de aceitunas.

Mientras sus padres, agotados tras jornadas interminables, servían la comida, Quim solía iniciar el mismo ritual. “Quim, lávate las manos, que las traes llenas de grasa”, decía su madre, con un suspiro que mezclaba cansancio y cariño. Él, con una chispa traviesa en los ojos, respondía: “Vamos, mamá, prefiero llevar las manos llenas de la grasa de los coches que recoger mierda de caballo”. La frase, dicha con un tono pícaro, arrancaba risas a sus hermanos menores, pero provocaba una mirada severa de su padre, que aún recordaba con nostalgia los días en que los caballos eran el orgullo de la familia. Para su padre, el cambio a los automóviles no solo había transformado su oficio, sino que había roto una conexión con el pasado, una tradición que él había heredado de su padre y que no había podido transmitir a sus hijos.

A pocos kilómetros de allí, en el corazón del Eixample, vivía Nina, una joven de unos veintidós años cuya presencia parecía traer calma incluso en los momentos más caóticos. Nina era enfermera en el Hospital de Sant Pau, un edificio majestuoso pero abarrotado que, con el estallido de la guerra, se había convertido en un hervidero de heridos, gritos y desesperación. Su rostro, de facciones suaves y piel pálida, estaba enmarcado por un cabello castaño que llevaba recogido en un moño práctico, aunque algunos mechones rebeldes siempre lograban escapar. Sus ojos, tenían una serenidad que contrastaba con el frenesí del hospital. Sus manos, ágiles y precisas, se movían con la destreza de quien había aprendido a coser heridas y vendar fracturas bajo presión.

Nina había aprendido el oficio de la enfermería en un convento, donde la Cruz Roja Internacional ofrecía cursos

para mujeres jóvenes dispuestas a servir en tiempos de crisis. Huérfana desde que tenía memoria, Nina había crecido entre las paredes frías del convento, bajo la tutela de monjas estrictas pero bondadosas. La historia oficial era que sus padres habían muerto en un accidente, pero los rumores, susurrados en los pasillos del convento, sugerían otra verdad: Nina podría ser la hija ilegítima de un noble, quizás un conde o un aristócrata cercano a la realeza, que había querido borrar su existencia para evitar un escándalo. En aquella España conservadora, no era raro que los hijos no deseados de las élites fueran abandonados en instituciones religiosas. Nina, sin embargo, no tenía pruebas de su origen, y aunque los rumores la intrigaban, había aprendido a vivir con el misterio. “El pasado no me define”, solía decirse, aunque en las noches de insomnio, cuando el peso de la guerra y la soledad se hacían insoportables, se

preguntaba quiénes habrían sido sus padres y por qué la habían dejado atrás.

El destino, caprichoso como siempre, quiso que los caminos de Quim y Nina se cruzaran en el mercado de La Boquería, un lugar que, a pesar de la guerra, seguía siendo el corazón palpitante de Barcelona. Los puestos, aunque más vacíos que en tiempos de paz, aún ofrecían lo esencial: aceitunas arrugadas, pan duro, pescado salado y unas pocas verduras marchitas. Los vendedores, con sus voces roncas, pregonaban sus mercancías con una mezcla de optimismo y resignación, mientras los compradores, con rostros cansados, regateaban por cada céntimo. Quim había ido al mercado en busca de aceitunas, un pequeño lujo que le recordaba los días en que su familia podía permitirse pequeños caprichos. Nina, por su parte, buscaba materiales de higiene jabón, trozos de tela para vendas improvisadas

para llevar al hospital, donde los suministros escaseaban cada día más.

Fue en un pasillo estrecho, entre el bullicio de los vendedores y el murmullo de los compradores, donde sus vidas colisionaron. Quim, distraído por el aroma de las especias, tropezó ligeramente al intentar esquivar a un anciano que cargaba un cesto de nabos. Nina, con reflejos rápidos, lo sostuvo por el brazo para evitar que cayera. “Cuidado, que el suelo está traicionero hoy”, dijo ella con una sonrisa amable. Quim, recuperando el equilibrio, levantó la vista y se encontró con los ojos de Nina. Por un instante, el mundo pareció detenerse. No hubo palabras, solo un reconocimiento silencioso, una chispa que ninguno de los dos pudo explicar. “Gracias”, murmuró Quim, un poco avergonzado, y Nina asintió antes de seguir su camino. Pero

ambos, sin saberlo, se llevaron algo del otro: una curiosidad, una sensación de que ese encuentro no sería el último.

La guerra avanzaba con una crueldad implacable. Los bombardeos aéreos, cortesía de los aviones enviados por Mussolini y Hitler, se convirtieron en una amenaza constante. Las sirenas resonaban en la noche, arrancando a los habitantes de Barcelona de sus camas y enviándolos a refugiarse en los túneles oscuros y húmedos que salpicaban la ciudad. En uno de esos refugios, un espacio claustrofóbico iluminado por lámparas de aceite, Quim y Nina volvieron a encontrarse. El destino, o quizás la casualidad, los había reunido de nuevo.

Sentados en el suelo frío, con el eco de las explosiones lejanas resonando en las paredes, comenzaron a hablar. Quim, con su voz grave, habló de su hermano mayor, Joan,

que había muerto en los primeros enfrentamientos cerca del río Ebro. “Era el valiente de la familia”, dijo, con un nudo en la garganta. “Siempre decía que íbamos a ganar esta guerra, que íbamos a construir un país mejor”. Nina, con una calma que parecía desafiar el caos, compartió su propia pérdida: la monja Teresa, la única persona que había sido como una madre para ella, había muerto atendiendo a los heridos durante un bombardeo. “Nunca se rindió”, dijo Nina, con los ojos brillantes. “Ni siquiera al final”.

Esas conversaciones, nacidas del miedo y la vulnerabilidad, los unieron de una manera que ninguno esperaba. En los días siguientes, comenzaron a buscarse en los refugios, en los mercados, en las calles destrozadas de la ciudad. Lo que empezó como una amistad forjada en la adversidad pronto se transformó en algo más profundo.

Quim encontraba en Nina una calma que su espíritu inquieto nunca había conocido, un ancla en medio de la tormenta. Nina, por su parte, veía en Quim una fuerza que le daba esperanza, un recordatorio de que, incluso en los peores momentos, la vida podía seguir siendo hermosa.

Los días pasaban, y aunque la guerra no daba tregua, Quim y Nina se aferraban a los pequeños momentos: una sonrisa compartida en el mercado, un roce de manos al pasar una hogaza de pan, un silencio cómplice bajo el rugido de los aviones. En medio del hambre, el frío y la incertidumbre, descubrieron que podían ser el refugio del otro. Cada encuentro, por breve que fuera, era un acto de resistencia, una forma de decirle al mundo que el amor podía florecer incluso en los escombros.

A medida que el conflicto se intensificaba y Barcelona se convertía en un campo de batalla, Quim y Nina enfrentaron

decisiones cada vez más difíciles. La ciudad que ambos amaban estaba en ruinas, y la idea de abandonarla comenzaba a tomar forma.

Algunos de sus conocidos ya habían huido a Francia, cruzando los Pirineos en busca de seguridad, pero la idea de dejar atrás todo lo que conocían era desgarradora. Sin embargo, antes de que pudieran siquiera imaginar un futuro lejos de España, su vínculo se fortaleció hasta convertirse en una promesa tácita: pase lo que pase, estarían juntos.

Y así, mientras Barcelona luchaba por sobrevivir a las heridas de la guerra, Quim y Nina comenzaron a soñar con una nueva vida. En los momentos de quietud, cuando las sirenas callaban y el cielo se despejaba, hablaban de un futuro donde la paz fuera posible, donde pudieran construir un hogar lejos del dolor y la destrucción. Su amor, forjado

en los días más oscuros, se convirtió en su mayor victoria,
una luz que brillaba incluso en la noche más negra.



Quim y Nina

Una Historia de Amor en Tiempos de Guerra

Capítulo II

Barcelona ardía bajo el peso de la Guerra Civil, sus calles convertidas en un tablero de escombros y miedo. Las sirenas rasgaban la noche, y el humo de las bombas oscurecía el cielo que Quim y Nina, alguna vez, miraron con sueños de juventud. Pero en ese infierno, su amor era un refugio.

Decidieron casarse, no con la grandeza que Nina pudo haber imaginado de niña, jugando entre los muros del convento, sino en una iglesia pequeña, con un cura amigo de Quim que arriesgaba su sotana por officiar para rebeldes. No había flores frescas, solo un ramo marchito rescatado por una vecina, y el vestido de Nina, un traje remendado con puntadas desiguales, era prestado. Sus votos, sin

embargo, resonaron como un desafío al caos: firmes, vivos, eternos. Para Nina, huérfana criada por monjas, ese “sí” era el hogar que siempre buscó. Para Quim, con su sonrisa pícaro y las manos manchadas de grasa, Nina era el faro que lo guiaba entre las sombras de la guerra.

La llegada de Nuria, meses después, trajo un milagro que parecía imposible. Sus ojos grandes, herencia de Nina, y su risa, que desafiaba las sirenas, llenaron su piso en las afueras de Barcelona un lugar de paredes agrietadas y tejado goteante de una alegría frágil pero luminosa. Quim, alzándola como si fuera un trofeo, la llamó “mi mundo feliz”. Nina, cosiendo ropita con retazos del mercado, le cantaba cuentos de un mundo sin fusiles, meciéndola junto a la ventana en las raras noches de silencio. Durante esos primeros años, la familia vivió en una burbuja delicada, riendo entre las grietas, soñando con un futuro que la

guerra no podía tocar. Pero España, partida por la Guerra Civil, no era tierra para esperanzas.

Quim, con su corazón indomable, no podía callar. Sus ideas de libertad que no encajaban con los republicanos, los falangistas, ni la corona lo llevaron a reuniones secretas en sótanos húmedos y talleres abandonados. Allí, con amigos de mirada encendida, planeaban actos pequeños pero audaces: cortar líneas de teléfono, repartir panfletos que gritaban verdades prohibidas. Nina, aunque temblaba por él, lo apoyaba en silencio, escondiendo mensajes en dobladillos que ella misma cosía.

Pero la sombra los alcanzó una noche, cuando golpes urgentes sacudieron la puerta. Era Josep, un amigo de Quim, con el rostro cenizo. “Te han delatado, Quim. Tu nombre está en una lista. Vienen por ti mañana”. Nuria, dormida en su cuna, no oyó el latido acelerado de sus padres, pero el

peligro, antes un rumor, ahora era una garra en sus gargantas.

Quim y Nina sabían que quedarse era condenarse. Francia, al otro lado de los Pirineos, ofrecía un refugio incierto, pero era su única salida. Los caminos montañosos estaban vigilados por patrullas armadas, y Quim, con su nombre en una lista negra, no podía arriesgarse a cruzar con ellas. “Nina, lleva a Nuria primero”, dijo, con los ojos brillando de miedo y amor. “Yo encontraré la forma”. Ella, con el corazón partido, asintió, pero sellaron un pacto bajo la luz temblorosa de una lámpara: si se separaban, se encontrarían al anochecer en el campanario del primer pueblo francés tras la frontera. Quim besó la frente de Nuria, que balbuceaba en sueños, y abrazó a Nina con una fuerza que prometía volver. “No me pierdas, amor”, susurró

ella. “Nunca”, respondió él, y la puerta se cerró tras ella como un telón.

Nina no partió sola. Las monjas del convento donde creció, mujeres de fe endurecida por la guerra, arriesgaron sus vidas para salvarla. Sor Clara, de mirada firme, y Sor Inés, con manos que temblaban pero no cedían, tramaron un plan peligroso: Nina viajaría en una carreta de mercaderes, disfrazada de monja, con Nuria escondida entre sacos de trigo y telas. Al amanecer, la carreta, tirada por dos caballos famélicos, salió de Barcelona, traqueteando por senderos de montaña que olían a polvo y pánico. Nina, con un hábito prestado que le colgaba como un sudario, rezaba en silencio, no por dogma, sino por su hija, envuelta en mantas bajo las mercancías. Sor Clara, sentada al frente, hablaba con los mercaderes en tono sereno, mientras Sor Inés

vigilaba el camino, apretando un rosario como si fuera un escudo.

El viaje era una pesadilla. Las patrullas falangistas, con botas pesadas y perros que olfateaban el aire, acechaban los pasos montañosos. El viento cortaba como cuchillas, y el hambre apretaba tras horas sin comer. En un cruce, cerca de un puente derrumbado, unos soldados detuvieron la carreta, sus linternas rasgando la oscuridad. “¿Qué llevan?”, ladró uno, hurgando los sacos con una bayoneta. Nina, con la cabeza gacha, fingió murmurar plegarias, mientras Nuria, milagrosamente callada, se apretaba contra su pecho bajo las telas. Sor Clara, con una calma que desafiaba el miedo, mostró un permiso falso, diciendo que llevaban provisiones para un convento en la frontera. El soldado, con ojos de lobo, pinchó un saco, a centímetros de Nuria, y Nina sintió su alma detenerse. Sor Inés, rápida, alzó el rosario: “Dios ve

todo, señor”. El hombre, inquieto, gruñó y los dejó pasar, pero el traqueteo de la carreta no calmó el temblor de Nina.

El frío de los Pirineos era un enemigo más. Las piedras afiladas cortaban los pies de Nina, incluso bajo el hábito, y el llanto de Nuria, hambrienta y helada, rompía el silencio de la noche. En un momento de puro agotamiento, junto a un arroyo congelado, Nina se detuvo para mojar un pañuelo y refrescar el rostro de su hija. “Aguanta, pequeña, lo lograremos”, susurró, con lágrimas que no dejó caer. Sor Clara le pasó un mendrugo de pan, y Sor Inés, tocándole el hombro, dijo: “Eres fuerte, Nina. Como ella”. Bajo una luna pálida, cruzaron la frontera, guiadas por un pastor francés que conocía la red de exiliados. En un convento al sur de Francia, monjas españolas y francesas las recibieron con sopa caliente y una cama. Nina, con Nuria dormida en sus

brazos, se permitió un suspiro, pero su mente estaba con Quim, atrapado en España.

Quim, mientras tanto, se convirtió en una sombra. Su nombre en una lista negra lo obligaba a deslizarse entre escondites: un sótano en Badalona, una granja en las afueras, la buhardilla de un amigo en Tarragona. La fiebre lo acosaba, fruto de años de hambre y noches al raso, y una tos seca lo delataba en el silencio. Sus amigos, leales pero asustados, lo protegían, mientras él escribía notas breves a Nina, pasadas por un cura que cruzaba la frontera. “Cuida de Nuria, amor. Estoy bien”, mentía, ocultando el hambre y el miedo. Pasaron semanas tres, tal vez cuatro, cada día un nudo en el pecho de Nina. En el convento, ella ayudaba como enfermera, vendando heridas y calmando fiebres, pero cada noche subía al tejado, mirando hacia los Pirineos, buscando una señal. Las monjas, con gestos suaves, le

daban tareas para mantenerla ocupada, pero su corazón latía al ritmo de una pregunta: ¿dónde está Quim?

En el convento, entre muros de piedra que olían a pan y oraciones, Nina aferraba la esperanza. Nuria, ajena al peligro, balbuceaba sus primeras palabras, y Nina, cosiéndole un vestidito con restos de tela, le hablaba de su padre. “Está viniendo, pequeña. Nos encontrará”. Pero la incertidumbre pesaba como el plomo. Cada crujido de la puerta la hacía girar, cada carta que llegaba era una chispa que se apagaba al no ser de él. Las monjas, viendo sus ojos hundidos, le decían: “Ten fe, Nina”. Ella sonreía, pero su fe no estaba en el cielo, sino en el pacto del campanario, en la promesa de Quim de no rendirse. Mientras tanto, al otro lado de la frontera, él luchaba contra el tiempo, el frío y las patrullas, buscando un paso para reunirse con su familia. La guerra los había separado, pero su amor, como un hilo

invisible, seguía tirando, esperando el momento en que volvieran a entrelazarse.

Llegar al final de este libro ha sido un viaje lleno de emociones, y no podría haberlo hecho sin el apoyo incondicional de las personas que iluminan mi vida. A mi familia, gracias por ser mi refugio y mi fuerza, por creer en mí incluso cuando las dudas me acechaban. Vuestro amor y paciencia han sido el cimiento de cada palabra escrita.

A mi incondicional hermano Freddy José Barranco Rico por brindarme su gran apoyo a cumplir el sueño último deseo de nuestra madre sin su apoyo hubiese sido imposible.

A mis amigos, esos compañeros de risas y sueños, gracias por estar siempre ahí, por escuchar mis ideas a altas horas de la noche y por animarme a seguir adelante. Vuestra presencia ha sido un regalo que atesoro profundamente.

También quiero agradecer a quienes, de alguna manera, cruzaron mi camino e inspiraron esta historia con sus vivencias, palabras o gestos. Cada uno de vosotros ha dejado una huella en estas páginas.

Por último, a ti, lector, gracias por dar vida a este libro al sostenerlo en tus manos. Espero que estas palabras te acompañen tanto como escribirlas me ha transformado a mí.

Con gratitud infinita,

Gracias

José Rafael Barranco Rico.